



DONCEL

Doncel se llamaba, en tiempos medievales, al joven que se preparaba para ser ordenado caballero. Ser caballero quería decir emplear la vida en servir a nobles ideales, consistentes sobre todo en luchar por la justicia y defender a los débiles, haciendo del honor y la verdad la principal seña de identidad. La preparación para tal compromiso no se limitaba, como podría suponerse, al manejo de las armas y el entrenamiento para el combate. El caballero, antes de salir a los caminos a defender una idea, se esforzaba por encontrar por medio del estudio el sentido profundo de esa idea, la razón última de su deber, el principio en el nombre del cual se lanzaba a una vida de aventura.

Cuando nos proponemos como modelo un doncel, lo que estamos haciendo es declararnos dispuestos a conocer el significado del honor: la cualidad moral que nos lleva al cumplimiento de nuestros deberes con los demás y con nosotros mismos; y el valor de la palabra dada, la palabra de honor: poner la propia honestidad como garantía de la verdad de lo que se dice. Esfuerzo grave, sin duda, porque a menudo nos resulta mucho más fácil ser fieles a lo que los demás esperan de nosotros que a lo que nosotros mismos debemos exigirnos para ser quienes pretendemos o decimos ser. Esfuerzo especialmente intenso en un mundo en el que al grito de “el fin justifica los medios” la falsedad se ha convertido en uso común.

Y a quienes quieran unirse a nosotros, a quienes se sientan atraídos por la aventura que queremos vivir, hay que decirles la verdad. El fundamento primero de todos nuestros actos es el amor recibido como un don del Creador, que para nosotros es el amor al Hombre, la defensa de su libertad e integridad, la búsqueda de una sociedad más perfecta y justa donde todas las aspiraciones legítimas puedan tener curso y oportunidad. Y sabiendo, siempre, que hay que lanzarse a la tarea cantando fuerte, porque es, y será siempre, realmente dura.